

Título: **Benjamín y Adorno: el ensayo epistolar como forma de debate**

Autor: Lic. Hernán Nacer, Facultad de Ciencias Sociales (UBA)

Mesa sugerida: nro. 12, “ La institución imaginaria de la sociedad ”

1

Durante la década del treinta Theodor Adorno y Walter Benjamín mantuvieron un debate sobre el significado de la cultura de masas en el mundo contemporáneo. Muy esquemáticamente, Adorno vio en la producción industrial de bienes culturales destinados al consumo masivo nuevas formas de dominación social. Benjamín, influido en parte por el optimismo revolucionario de Bertold Brecht, encontró en ello la posibilidad de un proceso emancipatorio. El objetivo de este trabajo es el de leer estas diferencias a la luz del intercambio epistolar entre ambos autores y amigos. La sospecha que motiva este ensayo es la de ver en las cartas el cruce de lealtades teóricas y personales que da lugar a particulares estrategias enunciativas de persuasión y argumentación ausentes en otros textos. Las posturas mantenidas por ambos respecto a la emergencia de un tipo de sociedad y lazo social que propicia y se configura sobre el carácter industrial de la producción, circulación y consumo de bienes simbólicos, puede rastrearse en diferentes textos académicos. Creemos que es en el diálogo epistolar dónde el contenido argumentativo de las ideas y propuestas adquiere un sentido particular a la luz de las estrategias enunciativas y de persuasión allí utilizadas. En este sentido nos proponemos no tanto analizar el debate en sí sino dar pistas para un análisis posible del mismo a partir de un determinado contexto político y de relaciones intelectuales y personales y de la lectura en modo alguno exhaustiva, de algunas cartas enviadas por Adorno a Benjamín con motivo de la recepción de su trabajo sobre Kafka y del clásico *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*.

2

Las circunstancias políticas y culturales en que tuvo lugar el debate entre Benjamin y Adorno no eran precisamente las mejores. La vida de dos intelectuales judíos, como la de tantos otros, con una particularmente novedosa aunque en alguna medida no menos explícita inclinación marxista, no podía ser una vida tranquila en la Alemania de la década del treinta. Con Hitler en el poder, el Instituto de Frankfurt cerrado, Benjamin en París y Adorno primero en Oxford, más tarde en Londres y por último en Nueva York, los contactos se volvieron más esporádicos y las relaciones más intangibles. Durante esta década no fue solamente un cruce de ideas acerca de las sociedades contemporáneas lo que intercambiaron ambos autores sino también un ejercicio plasmado en la trama de relaciones personales y lealtades filiales y teóricas por momentos en verdadera tensión. Tal vez, de no haber mediado la distancia geográfica obligatoria y la experiencia traumática del exilio, otra hubiera sido la realidad y el tono de sus intercambios escritos. Comprender, entonces, la diferencias teóricas requiere, entre otras cosas, no desligarlas de las relaciones personales y del modo en que las mismas se desarrollaron. En este sentido, Gershom Scholem escribe un trabajo sobre Benjamin en el que recuerda tres cosas que hicieron difícil su amistad: la necesidad de soledad de Benjamin, su disgusto ante la charla acerca de la política cotidiana, y su tendencia al secreto, la cual incluía mantener a la gente conocida (por ejemplo, Scholem, Adorno y Brecht) separadas una de la otra. Este sería un rasgo característico del tipo de relaciones que Benjamin tenía con tres de sus mejores amigos que eran a su vez tres de sus más importantes interlocutores críticos. Entonces, lazos de amistad y lazos teóricos eran vividos por Benjamin con cada uno de ellos separadamente. Así, frente a Scholem acentuaba la orientación teológica y mística de sus ideas, frente a Brecht se mostraba confiado en el triunfo del marxismo a través de la emancipación del proletariado, mientras que frente a Adorno intentaba, muchas veces sin éxito, matizar ambas posiciones en busca de la argumentación crítica. Por su parte Adorno, que nunca dejó de considerarlo uno de sus mentores, no desconocía esta suerte de relación y convivencia esquizofrénica entre ambas caras de la personalidad intelectual de Benjamin y en más de una ocasión le señaló duramente la simple yuxtaposición de elementos contradictorios (en este caso místicos y políticos) que solamente refleja las contradicciones en lugar de desarrollarlas dialécticamente a través del argumento de la negación crítica. Durante la década del treinta, en la que Adorno señaló este punto frecuentemente en sus cartas a Benjamin, este último,

influenciado por Brecht, adoptó cada vez más una posición política revolucionaria y afirmativa, expresando así su solidaridad con la clase obrera como sujeto colectivo, alejándose así del “programa de Königstein de 1929” y de Adorno. Coincidencias y disidencias teóricas y filiales, argumentación intelectual munida de particulares rasgos enunciativos, se darían cita en los intercambios epistolares en los que Adorno no se privó de expresar, por ejemplo, que su misión era mantener “el brazo de Benjamin firme hasta que el sol brechtiano se hundiera nuevamente en aguas exóticas”.

3

“La separación geográfica provocada por la emigración aumentó las posibilidades de que se desarrollaran las diferencias entre ambos. Sin embargo, el haber estado obligados a comunicarse por carta, ha permitido que el debate fuese preservado, y su correspondencia es uno de los documentos más significativos en la historia de la literatura neomarxista.”
(Buck Moore, Susan, Origen de la dialéctica negativa, pag. 279)

La cita interesa en particular a este ensayo en lo que hace a uno de sus principales interrogantes. Se dice allí que el debate que tuvieron Adorno y Benjamín pudo preservarse gracias a la separación geográfica entre ambos y a que, como consecuencia de esto último, debieron comunicarse por carta. Una interpretación literal puede sugerir que el debate, que tuvo lugar durante la segunda mitad de la década del treinta, se preservó a las generaciones futuras gracias a que se preservaron las cartas en las que el mismo se desarrolla, y ello es naturalmente cierto. Una interpretación menos literal puede sugerir en cambio que sólo la continuación epistolar de un debate ya iniciado por los autores, pudo preservarlo como tal. Que de no haber existido tal separación física entre ambos, el debate no sólo no se hubiera preservado, más aún, no hubiera tenido las características que adquirió en su forma epistolar. Antes de continuar es preciso una breve reflexión sobre cartas.

En su ensayo *La epístola y su naturaleza genérica*, Ana María Barrenechea sugiere que el lugar marginal que ocupa la carta en la discusión más general de los géneros le abre ciertas perspectivas favorables. Por un lado, la poca y por lo tanto más manejable bibliografía no

deja de brindar una cierta comodidad a su tratamiento y, por el otro, la mezcla y conjunción de ejemplos literarios y paraliterarios le otorga un carácter particular. Es decir, ejemplos en los que la forma epistolar aparece modelizando diversos géneros y en los que, por el contrario, parecería ubicarse fuera del campo literario constituido por el consenso sociocultural.

Al interrogante acerca de la función de la carta, Barrenechea propone pensar que se trata de una función pragmática comunicativa. Una de las condiciones de la carta ligada a su función comunicativa reside en la noción de diálogo, noción que no deja de evidenciarse, de alguna manera, en el nombre de co-rrespondencia. De ahí la utilidad que representa el publicar juntas las cartas de dos participantes y en nuestro caso, la utilidad que representa la compilación de textos de Adorno que lleva por título “Sobre Walter Benjamin”. Este tipo de publicaciones facilita la tarea de rastrear las distintas estrategias del escritor. Dicho en otros términos, la de revelar un rasgo constitutivo de la epístola: la adecuación estratégica al destinatario. El tipo de carta que aquí nos ocupa, y que provisoriamente podemos llamar carta privada, favorece de alguna manera la emergencia de este rasgo constitutivo por la “franqueza en las manifestaciones que se escriben con libertad apoyándose en la confianza que se deposita en el destinatario” (Barrenechea). Claro que el destinatario no es solamente aquel a quién está originalmente dirigida la epístola. En este sentido, tal como lo propone la autora mencionada, el análisis ideal es el que realiza simultáneamente una doble lectura: una que privilegia el diálogo entre los corresponsales y otra que conecta las estrategias del autor con sus múltiples receptores. Tratándose del intercambio que nos ocupa, entre dos amigos que comparten no sólo una biografía intelectual y afectiva sino también un conjunto de amistades y relaciones, que debaten con las armas de la crítica pero también con las de la persuasión más íntima y personal y que saben del carácter político y plural de toda escritura, la conjunción de ambas perspectivas de análisis resulta un objetivo evidente y más a largo plazo. Este ensayo sólo pretende relevar algunas dimensiones y elementos vinculados al primer tipo de lectura, cosa que haremos en el apartado siguiente.

“La propuesta de un pintor no debe considerarse aparte de sus medios pictóricos, y estos medios pictóricos deben ser tanto más completos cuanto más profundo es su pensamiento. Soy incapaz de hacer distinción entre el sentimiento que tengo de la vida y mi manera de expresarlo” (Matisse, tomado de Geertz, *El arte como sistema cultural*).

Con esta frase Matisse nos recuerda, por un lado y desde la perspectiva del productor de un enunciado (sea este icónico, lingüístico, etc) la imposibilidad de separar forma y contenido, y por el otro, la estricta necesidad de reconocer en el funcionamiento de cualquier discurso la presencia de dos niveles: el enunciado y la enunciación. Retomando esquemática y rápidamente la teoría de la enunciación, la primera instancia corresponde a lo que se dice, es decir, al orden del contenido, mientras que la segunda se corresponde con las modalidades del decir. Desde un análisis del contenido, no hay demasiadas diferencias entre los textos y las cartas de Adorno, en los que discute las tesis de Benjamin sobre la relación entre arte desaturado y dominación social. Pero un mismo contenido puede ser modelado o tomado a cargo por distintas estructuras enunciativas. ¿Cuáles son las características de estas modalidades inscriptas en el discurso epistolar adorniano? En otros términos, si por el funcionamiento mismo de la enunciación, diríamos en palabras de Eliseo Verón, un discurso construye una cierta imagen de aquel que habla (el enunciador), una cierta imagen de aquel a quién se habla (el destinatario) y en consecuencia, un nexo entre estas dos instancias discursivas, ¿cuál es el carácter particular que esta construcción asume en las cartas de Adorno? En el conjunto de cartas enviadas a Benjamin entre el 5 y el 17 de diciembre de 1934, Adorno comenta el ensayo sobre Kafka. Leemos allí: “No lo tome por falta de modestia si empiezo por decir que nunca he sido tan consciente de nuestra concordancia en el centro filosófico como aquí”, “En nuestra coincidencia quisiera incluir las frases sobre música y fotografía”, “Yo diría que para nosotros el concepto de época es absolutamente inexistente”. La carta concluye afirmando una vez más, a la luz de la primera persona del plural, sus coincidencias: “Casi me parece que con su Kafka se repara la tropelía comentada por nuestro amigo Ernst”. En la carta enviada el 18 de marzo de 1936, Adorno comenta muy críticamente el ensayo *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Mientras que en sus artículos *Sobre el carácter fetichista en la música y la regresión del oído* y *Sobre el jazz*, la respuesta al amigo aparece en un tono impersonal, en la carta, ese texto confiado a la confianza en el destinatario, tal como señala

Barrenechea, el modo es muy bien otro: “No me sorprende que encontremos aquí una base común”, “Es una hermosa confirmación que hace dos años yo hiciera formulaciones que comunican plenamente con las tuyas”, “Esta comunicación (...) me da el criterio de las diferencias que tengo que constatar, con ningún otro objetivo que servir a esa línea general nuestra (...). Quizá pueda seguir en principio nuestro viejo método de la crítica inmanente” (Adorno le recuerda aquí la suerte de programa filosófico que armaron juntos durante las conversaciones mantenidas entre septiembre y octubre de 1929 en Königstein)

Obsérvese en estos pasajes como la forma en que la persuasión ejercida sobre el destinatario no tiene lugar solamente a partir de las argumentaciones en términos de contenidos sino también, y acaso fundamentalmente, a partir de la construcción del lugar asignado a aquel en el nexo que lo vincula al enunciador que lo reclama. Este nexo se establece a partir de lo que Benveniste llamaba “el nosotros inclusivo”. Esta figura articula un tipo de operación signada por la complicidad y que consiste en construir una enunciación que es atribuible a la vez al enunciador y al destinatario. Esta operación es recurrente en el discurso epistolar de Adorno, cuando de lo que se trata es de someter a crítica a su interlocutor o destinatario. La complicidad buscada con el otro bajo la forma del *nosotros* es al mismo tiempo, en estas cartas, una advertencia que coloca al enunciador (yo) en la posición del que sabe a cerca de su relación con el destinatario (nosotros). He allí, entonces, la función pragmática (de persuasión pero también de advertencia, de concejo pero también de reproche) inscrita en las cartas que Adorno enviara a Benjamin durante los años treinta.

